

AGENDA CIUDADANA

EL INDIVIDUO CONTRA EL ESTADO

Lorenzo Meyer

De Cabeza.- De acuerdo con la teoría liberal –y con el sentido común--, es el individuo el que debe cuidarse y protegerse constantemente de la arbitrariedad y los abusos del Estado y no al revés; la normal diferencia de poder entre uno y otro hace inevitable la situación. Sin embargo, de tarde en tarde, y generalmente por razones que nada tienen de positivo, ocurre lo contrario: que sea el Estado el que debe protegerse del individuo, obviamente no de cualquier individuo sino sólo de algunos de los que, por diferentes caminos, han logrado acumular tanto poder personal que pueden retar al Estado, especialmente si éste es débil, y, al hacerlo, afectan al interés común. Se trata, claro, de situaciones anómalas, verdaderas excepciones, pero dignas de atención.

La Teoría Clásica.- Del siglo XVIII en adelante, la preocupación fundamental de la filosofía y la teoría políticas liberales, ha sido determinar la naturaleza de la relación justa y adecuada entre el Estado y el individuo para que el primero no aplaste al segundo. El punto de partida de este liberalismo fue la Europa del capitalismo original, aquella donde la monarquía absoluta había identificado su interés institucional con el de la nación y lo había impuesto a sangre y fuego sobre la nobleza, la Iglesia, la burguesía y el pueblo común. En esas circunstancias, para pensadores como Locke, Montesquieu o Rousseau, lo urgente e importante era crear un arreglo político donde el poder del príncipe y su burocracia tuvieran límites claros y efectivos, de tal manera que el individuo tuviera protección institucional contra la natural arbitrariedad del poder

político y asegurara así el espacio indispensable donde su libertad y su dignidad –los derechos del hombre-- pudieran expresarse y florecer. Este es el punto central y moralmente más atractivo del liberalismo, otros son más cuestionables.

El Estado Débil y el Individuo Fuerte.- Desde el principio, en estados latinoamericanos muy débiles, como fue el caso del nuestro después de la independencia, aparecieron individuos excepcionalmente fuertes por contar con apoyo económico y político externo –particularmente de Inglaterra—, que se convirtieron en prestamistas de estados gobiernos en bancarrota y lograron tener a los presidentes en su puño. En México, empresarios como Barron, Forbes o Mackintosh, contaban con más recursos que el gobierno. Sus empresas controlaron aduanas, cobraron impuestos o acuñaron moneda, todas ellas actividades propias del Estado, no de particulares. Cuando finalmente el poder político se consolidó en México y se concentró en manos tan fuertes como las de Benito Juárez o, Porfirio Díaz, entonces y sólo entonces se experimentó en México a plenitud el problema clásico del Estado fuerte y el individuo débil; en efecto, llegado el caso, y como persona privada, ningún hacendado o empresario extranjero pudo confrontar directamente y con éxito al presidente Díaz. Tras la Revolución de 1910, y aunque sólo brevemente, volvió a resurgir en México el problema del individuo más fuerte que el Estado. En efecto, entre diciembre de 1928 y mediados de 1935, el general y ex presidente Plutarco Elías Calles que, a pesar de ser formalmente un simple ciudadano, era él y no el presidente, quién, como “Jefe Máximo de la Revolución”, tomaba todas las decisiones políticas importantes. Es posible que Carlos Salinas tuviera en mente al expresidente Calles como modelo a imitar a partir de diciembre de 1994, pero el Estado mexicano era ya

muy diferente del de sesenta años atrás y, en cualquier caso, la posibilidad de “maximato” se vino abajo como resultado de los desastres de ese año.

Un ejemplo actual y muy dramático del Estado débil y el individuo fuerte e irresponsable, lo ofrece Rusia. Ahí, Boris Berezovsky, un matemático que supo aprovechar en beneficio personal las enormes oportunidades que ofrecía el caos y la privatización que siguieron a la caída y destrucción de la URSS, hizo una fortuna en la venta de automóviles y el control de medios de comunicación (televisión y periódicos). La acumulación de riqueza en medio del empobrecimiento tanto del sector público como de la gran mayoría de los rusos, abrió al antiguo matemático la clásica oportunidad de transformar esos recursos económicos en políticos. Fue así que Berezovsky decidió invertir fuerte en la campaña electoral de Boris Yeltsin y, como resultado, se convirtió en miembro del círculo interno del presidente ruso. Ni el nombramiento del joven Sergei Kiriyenko como primer ministro ni sus políticas económicas –neoliberalismo radical– resultaron del agrado de Berezovsky y éste se propuso cambiar la situación. El ciudadano Berezovsky tuvo éxito y así, en privado, el 22 de agosto, pudo adelantar lo que prácticamente nadie sabía en Rusia ese día: que en 24 horas el primer ministro sería echado sin miramientos de su puesto por Yeltsin en beneficio de los intereses de la nueva y agresiva oligarquía rusa, (The New York Times, 27 de agosto). Lenin y Stalin debieron haberse revuelto en sus respectivos mausoleo y tumba ante tamaña influencia política de individuos que, en principio, son meros ciudadanos, pues aunque Berezovsky fue por breve tiempo miembro del Consejo Nacional de Seguridad, hoy carece de cargo público alguno. Sin embargo, y a juzgar

por los hechos, ni falta le hace al exmatemático un puesto público para tener poder político.

El Individuo Fuerte Contra el Estado Fuerte.- En principio, situaciones como las descritas sólo tienen lugar en sistemas políticos débiles y no en los fuertes y donde existe un auténtico Estado de Derecho. En estos últimos no se espera que ningún individuo, por si mismo, pueda desafiar abierta y directamente al poder estatal y salirse con la suya. Sin embargo, y como es de todos sabido, eso es precisamente lo que acaba de ocurrir en la peculiar relación entre un millonario saudita, Osama bin Laden, y los Estados Unidos como sistema político y social.

De acuerdo con la información divulgada por el gobierno norteamericano, los atentados mediante coches-bomba que tuvieron lugar el 7 de agosto pasado contra las embajadas norteamericanas en Kenya y Tanzania, y que costaron la vida a más de 250 personas e hirieron a alrededor de cuatro mil, fueron el resultado de acciones organizadas por un grupo islámico, cuyo tejido es internacional, pero que esta financiado y dirigido por bin Laden, un saudita de 41 años de origen yemenita, licenciado en economía, que abandonó su país hace tiempo para combatir contra los soviéticos en Afganistán y luego volvió sus armas contra quienes le ayudaron inicialmente: los norteamericanos.

El poder de un personaje como bin Laden es resultado de una combinación de factores económicos y políticos. Su base económica es una fortuna personal de 300 millones de dólares (otros la calculan en 5 mil), suficiente para proveer de lo esencial a Al Qaeda, un grupo más de fundamentalistas decididos a hacer la guerra por medio del terrorismo a los enemigos del profeta y de Dios. Por otro lado, el millonario saudita

sentó su base de operaciones justamente en una de las regiones marginales del sistema mundial y que, para todo propósito práctico, hace tiempo que dejó de ser un Estado nacional para retroceder a uno de guerra civil permanente.

En buena medida, la capacidad de bin Laden de desafiar directa y violentamente al sistema político más poderoso del planeta en este fin de siglo, tiene una relación directa con la casi ausencia de un poder estatal en Afganistán. La estructura política afgana, de por sí nunca muy fuerte, se vino abajo por entero como resultado de la guerra civil e internacional a la que se vio sometida en los años ochenta. Una geografía extraordinariamente favorable a la guerra de guerrillas y una rivalidad feroz entre los grupos afganos que lograron derrotar a la gran maquinaria militar soviética poco antes de la URSS misma desapareciera, han hecho simplemente imposible la existencia de un gobierno en Afganistán. El avance militar de los radicales talibanes –intolerantes como pocos en materia religiosa-- y la imposibilidad del gobierno de detenerlos, no es más que el último capítulo de un largo proceso de desintegración política. En esas condiciones, una persona como bin Laden –con una fortuna de origen externo -- y su grupo, pueden actuar con relativa independencia. Ambos son, en cierto sentido, hijos del caos que sigue a la desintegración del Estado, desintegración que, por cierto, Estados Unidos ayudó a introducir en Afganistán en las postrimerías de la guerra fría.

El personaje que es hoy el enemigo internacional número uno de los Estados Unidos, en el pasado recibió ayuda directa de la CIA, justamente porque su violenta energía estaba dirigida contra la antigua Unión Soviética. Pero ahora, el antiguo aliado se ha tornado en enemigo, y feroz. En efecto, el fundamentalista saudita considera,

según lo declaró a un corresponsal de la cadena ABC, el 28 de mayo, que para purificar la tierra musulmana en su conjunto, es necesario atacar con todos los medios a Estados Unidos, hoy por hoy, el principal opresor y agresor de los musulmanes en el mundo.

En esta peculiar guerra entre el poderoso estado norteamericano –concentrado hoy en la crisis de su presidencia-- y Bin Laden, Washington se enfrenta a un problema peculiar: su enorme poder está organizado para ser ejercido básicamente contra otro estado con los instrumentos y las formas tradicionales –diplomática, económica o militarmente--, pero ese poder no opera tan bien cuando el adversario se mueve en un no-Estado, como es hoy Afganistán. ¿A quién presionar ahí si nadie está al mando?. El bombardeo de las bases de Al Qaeda en Afganistán, no es el primero que se intenta. La Real Fuerza Aérea atacó muchas veces a aldeas afganas en el período comprendido entre las dos guerras mundiales y el resultado no fue muy bueno. Más recientemente, los soviéticos utilizaron bombardeos “de alfombra” contra campamentos como el de Al Qaeda con bombas de 500 libras y misiles Scud, pero finalmente tuvieron que abandonar el campo y dejarlo a los mujaidines, que con armamento menos pesado, aunque no menos sofisticado, tuvieron más capacidad de resistencia que los soviéticos.

Atacar a bin Laden bombardeando una planta farmacéutica en Sudán con cohetes Tomahawk, como lo acaba de hacer Estados Unidos, tampoco es la respuesta efectiva al problema. Todo indica que los servicios de inteligencia norteamericanos, forzados por la urgencia política de responder a los atentados, destruyeron un objetivo que no era lo que se creía inicialmente: un complejo químico financiado por bin Laden

y fabricante del gas nervioso VX. El embajador alemán en Sudán, aseguró que la planta destruida sólo producía antibióticos y productos contra la malaria y la diarrea (Los Angeles Times, 1o de septiembre).

Los Extremos.- A la larga, bin Laden –buscado ya por cuatro años por la CIA y Arabia Saudita, va a perder su lucha contra la gran superpotencia del final de siglo. Finalmente, el Estado fuerte es más fuerte que cualquier individuo, dentro o fuera de sus fronteras. Sin embargo, lo importante de los casos expuestos es que para la sociedad en general, es tan negativa la existencia de un Estado cuyos intereses se imponen siempre y a cualquier costo sobre cualquier otro, como el de individuos que acumulan tal poder que, llegado el caso, son capaces de imponer sus intereses personales o los de un pequeño grupo, por encima de los del Estado y, sobre todo, del interés general .